

EL DESARROLLO DE LA UNIFICACIÓN ALEMANA DESPUÉS DEL 3 DE OCTUBRE DE 1990

D. JULIÁN PEÑA MORA
Colaborador del IEEE.

Introducción

La unificación alemana, como acontecimiento fundamental de ruptura del orden de seguridad internacional establecido a la terminación de la Segunda Guerra Mundial, representa uno de los mayores triunfos diplomáticos y de tacto político de la historia, que fueron creando lenta pero tenazmente las precondiciones que, finalmente, la han hecho posible, a pesar de las adversas condiciones sufridas en plena guerra fría, durante gran parte de la cual se tuvo la impresión, particularmente hasta los años sesenta, de que los dos Estados y sociedades alemanas, la RFA y la RDA, se alejaban más y más.

El programa de Adenauer

La unificación fue siempre el objetivo de la política exterior de Alemania Occidental desde los primeros días de su creación. El canciller Adenauer sostuvo que la política alemana occidental debía fijar su atención, fundamentalmente, en la construcción de la democracia, en el restablecimiento de la economía alemana y en la plena integración de Alemania en las estructuras europeas junto con la integración atlántica. Por esta vía, con toda seguridad, se llegaría a la unificación alemana.

Sin embargo, los primeros años no dieron el resultado apetecido, tal como era de esperar en unas circunstancias en que la división de Europa y su mantenimiento por las dos superpotencias mundiales, enfrentadas entre sí, era el marco supremo al que todos quedaban subordinados y al que convenía la división de las dos Alemanias, trazada al final de la guerra, como medida de compromiso que resolvía, salomónicamente, el control del país derrotado por la hasta entonces, y coyuntural, coalición aliada.

La gran coalición

Por ello fue necesario introducir cambios, después del año 1969 mediante la coalición política de socialdemócratas, de Willy Brandt, y liberales, de Genscher, con la que se complementó, sin sustituirla, la línea política trazada por Adenauer. De esta manera, apoyándose en la firme integración de la Alemania Federal en el Oeste, Gobiernos sucesivos, desde Brandt a Helmut Kohl, adaptaron una política que aceptaba el *status quo* impuesto por las circunstancias con la idea de cambiarlo y ponerlo de acuerdo con su objetivo final de lograr la *wiedervereinigung*, o reunificación, como entonces se decía. Así, se empezó y siguió desarrollando la cooperación entre las dos Alemanias, con las limitaciones establecidas por la vigilancia cercana y constante de las superpotencias y sus aliados. También fue así como se fueron transportando a la Alemania democrática las semillas del cambio.

Por tanto, bien pueden pretender todas las fuerzas políticas haber contribuido a lograr el final feliz que hoy se vive. Por un lado, el SPD, que después de haberse opuesto, instintivamente, a la política básica de integración en el Oeste, propuesta por Adenauer, la aceptó y reforzó, a partir del año 1969. De otro, la coalición CDU-CSU, y lo mismo los liberales.

De tal forma, la reentrada de Alemania en la arena internacional se ha hecho en mejores condiciones de base política interna, de consenso, que en otros momentos de su historia, cuando existió una profunda división entre los partidos políticos nacionales en materia de política exterior, a lo que hay que añadir una diferencia con la unificación bismarckiana y es que ahora se ha hecho no contra la voluntad, como entonces se hizo, sino con el consentimiento, e incluso con el apoyo de las principales potencias. Tampoco ha habido división entre éstas, como ocurrió en la Conferencia de Versalles, del año 1919, que complicó la elaboración de un programa común que evitara el posterior resurgimiento del poderío alemán.

Causas generadoras de la unificación

Ahora bien, por importante que haya sido la forma en que la República Federal haya llevado todo el proceso de preparación del terreno para alcanzar la unificación, que siempre estuvo condicionada a lo permitido por la ex URSS y Estados Unidos, la fuerza principal que produjo la caída del muro y el hundimiento del régimen germanoriental, fue el cambio en la política interior y exterior de la URSS, al abandonar la doctrina Breznev. Todavía, a principios del año 1989, la política soviética hacia Alemania parecía mantener su trayectoria tradicional, y en el mes de octubre del año 1988, durante la visita a Moscú del canciller Kohl, Gorbachov relegaba a fechas futuras la solución del problema alemán, a pesar de manifestar sus intensos deseos de mejorar las relaciones con la RFA. Sin embargo, en junio del año 1989, en ocasión de la visita de Gorbachov a Bonn, la declaración conjunta firmada por ambos estadistas contenía expresiones tales como el «reconocimiento del derecho de todos los pueblos y Estados a trazar, libremente, sus destinos» y el «reconocimiento de la integridad y seguridad de cada país y su derecho a elegir, libremente, su propio sistema político y social, así como la adhesión a las normas y principios de la ley internacional, particularmente el respeto del derecho de los pueblos a la autodeterminación».

El debilitamiento del régimen de Alemania Oriental se puso claramente de manifiesto con el éxodo masivo, en el verano, de sus ciudadanos, cuando Hungría, aprovechando al máximo el nuevo margen de maniobrar concedido por Gorbachov, permitió el paso hacia Occidente de los refugiados alemanes de la República Democrática, rompía el muro de Berlín por el flanco sur. Vinieron a continuación las demostraciones masivas del mes de noviembre y la apertura del muro, junto con la huida, durante dicho mes, de 130.000 personas del Este al Oeste.

Intervención activa de la RFA

Entonces fue cuando Kohl sorprendió al mundo con su plan de diez puntos sobre la cuestión alemana, intentando conseguir la iniciativa en una situación de creciente desorden y presentando un programa flexible de cooperación entre las dos Alemanias para reforzar las bases democráticas y los derechos humanos en la parte oriental, con el propósito

de retener en sus lugares de residencia a los alemanes de la República Democrática, lograr la estabilidad en ella y ordenar las medidas conducentes a una futura e inmediata unidad. Pero, la presión popular de los alemanes orientales para conseguir una rápida unificación resultó ser mayor de lo que se estimaba, ampliando sus demostraciones en masa.

Al mismo tiempo, Londres y París se sintieron inquietos por no haber sido previamente consultados sobre la publicación del plan de diez puntos y por la omisión en éste de toda referencia a las fronteras alemanas, lo que creó la impresión de que la unificación abriría nuevamente este espinoso tema.

Ante la imposibilidad que se estaba abriendo, prácticamente, de realizarse en fecha inmediata la unificación, empezaron a perfilarse las enormes dificultades que ella acarrearía, tales como ¿cómo acallar los recelos que despertaría el poder de la nueva Alemania?; ¿cómo asegurar la continuidad de la participación alemana en las estructuras occidentales, principalmente en la OTAN?; ¿cómo realizar la unificación sin imponerse limitaciones a la soberanía de la Alemania unida?

Como la parte oriental se encontraba en plena desintegración la iniciativa seguía en manos de la RFA y más aún después que las elecciones en la RDA del mes de marzo del año 1990 elevaron al poder a partidos que no eran más que prolongaciones del sistema político de la parte federal, reproduciendo la mayoría de la coalición que gobernaba en Bonn, con lo que los activistas políticos de la RDA que se oponían a la estrategia seguida por la RFA dejaron de tener voz y suficiente representatividad. ¿Cuál sería la reacción de los antiguos aliados y vencedores de la Segunda Guerra Mundial?

Reacción internacional

Los Estados Unidos reaccionaron como el aliado que más había ayudado, con sinceridad, abiertamente, a Alemania Occidental a rehacer su economía y transformarla en una verdadera democracia, por lo que el movimiento unificador alemán representó para Norteamérica el triunfo de los valores que había venido apoyando sin cesar, del éxito de la lucha contra el expansionismo soviético y del férreo control establecido por la URSS sobre Europa Central.

De aquí su apoyo al proceso de unificación alemana y que en la Cumbre de Malta, entre la URSS y Estados Unidos, de los días 2 y 3 de diciembre, celebrada inmediatamente después de anunciarse por Kohl el plan de diez puntos, ya se había tomado la decisión de apoyar la unificación con todos los recursos norteamericanos considerándose que así se servían los propios intereses USA, dando nacimiento al país más poderoso de Europa, que se podría convertir en un socio con el que compartir la dirección de los asuntos internacionales. Así lo había expresado Bush, en mayo anterior, durante una visita a la República Federal.

De esta manera, el apoyo norteamericano se realizó dando la prioridad a la idea de unificación sin futuros controles ni limitaciones de soberanía del Estado próximo a nacer, con lo que se daban ánimos al Gobierno de Bonn, que a veces se mostraba más dubitativo de lo justificado en este terreno, lo que dio alas a Kohl para reafirmar sus posiciones en la reunión que, en el mes de febrero del año 1990, celebró con Gorbachov.

También se reflejó esta postura de apoyo total norteamericano al proceso de unificación en el comportamiento USA durante el desarrollo de las conversaciones previas al Trata-

do «2 más 4», del día 12 de septiembre del año 1990, presididas por la idea de renuncia: a todos los derechos sobre la soberanía alemana, como país vencido en la Segunda Guerra Mundial, adquiridos por los cuatro aliados vencedores en dicha contienda. Para ello hubo que superar la postura inicial de la URSS, de Francia y del Reino Unido, que querían que las negociaciones tuvieran lugar entre los dos Gobiernos alemanes y las cuatro potencias vencedoras, formando éstas una unidad, no independientemente, a lo que se opuso Bush venciendo la resistencia de Mitterrand y Margaret Thatcher, en reuniones bilaterales y en la reunión de «cielos abiertos», de Ottawa, del día 13 de febrero del año 1990, entre sus ministros de Asuntos Exteriores. Se quitaba así a las conversaciones toda semejanza con una conferencia de paz y se estableció que la unificación sería el resultado de un acuerdo multilateral (*Treaty on the Final Settlement*) convenido entre las seis partes firmantes.

El mismo comportamiento siguió Busch con Gorbachov, en su reunión del día 31 de mayo al día 1 de junio, convenciéndole de lo injustificado de un número de dudas sobre asuntos varios que afectaban al futuro comportamiento alemán, tales como el de su pertenencia a la OTAN y futuro *status* de las tropas soviéticas en la Alemania unificada.

Inicialmente, unas pocas voces se dejaron oír en Francia y el Reino Unido contra la unificación, quizás más fuertemente en éste que en aquélla donde, por la intensidad de sus ataques contra Alemania un miembro de su Gobierno fue obligado a dimitir. Pero, ambos países aceptaron de buen grado la idea de la unificación alemana como algo inevitable, después de hacerse algunas observaciones escépticas, incluso por parte de la señora Thatcher, y de cierta confusión francesa, tanto del público como del mismo Gobierno, que prestaba atención particular a la previa solución del problema fronterizo y al reforzamiento de la Comunidad Europea, mientras el Reino Unido, parcialmente alérgico al carácter supranacional de la Comunidad, ponía más énfasis en los temas de política de seguridad a los que afectaba la unificación.

También había discrepancias entre el Reino Unido y Francia respecto al carácter de miembro de la naciente Alemania en la Alianza Atlántica pues mientras el primero abogaba por la conservación de tal carácter y de preservar al máximo la vieja estructura OTAN, Francia veía serias dificultades conceptuales en los intentos por compatibilizar su antigua idea de desaparición de los bloques con las nuevas propuestas de que la OTAN debiera seguir existiendo dentro del nuevo orden de seguridad una vez desaparecida la guerra fría, aunque con un carácter más político que el que hasta ahora había venido teniendo, a lo que Francia había mostrado tradicionalmente su oposición.

Al final, las realidades vinieron a mostrar las limitaciones que Francia y el Reino Unido tenían para dejar sentir su influencia en el proceso que estaba teniendo lugar, como pusieron de manifiesto sus fallidos intentos de que se conservasen algunos de los derechos concedidos a las cuatro potencias vencedoras en la pasada contienda. Pero, una vez lograda, en Ottawa, la fórmula «2 más 4», las dos potencias europeas occidentales aceptaron el concepto de soberanía alemana plena, sin limitaciones, y contribuyeron inequívocamente a la unificación, sin que su comportamiento anterior dejara huellas negativas en sus relaciones con la Alemania que nacía.

La cuestión alemana era el mayor dilema de la política exterior soviética, influenciada de manera muy sensible por la *perestroika* y la carga psicológica de las relaciones germanosoviéticas sobre la memoria de la población de la URSS. Esto hizo que fuera totalmente negativa su reacción al plan de diez puntos de Kohl, por lo que, oficialmente, Shevard-

nadze condenaría, el día 19 de diciembre del año 1989, en su discurso ante la Comisión Política del Parlamento Europeo «la peligrosa irracionalidad de destruir las realidades de la posguerra».

Pero, bien pronto el derrumbamiento del régimen comunista de Alemania Oriental produjo un cambio acusado en la postura soviética, que hizo afirmar a Gorbachov, en su reunión con Mitterrand, en Kiev, el día 6 de diciembre del año 1989, que sería contraproducente humillar a Alemania y que ésta tenía plenos derechos a realizar su unificación. Lo que ratificó a fines de enero del año 1990, con motivo de la visita que hiciera a Moscú Hans Modrow. La URSS ya se había dado cuenta de que no convenía a sus intereses interferir a los de una Alemania unida, que se presentaba como la economía europea más poderosa, indispensable para la recuperación soviética y la reconciliación política de la URSS con Europa Occidental, como se había hecho evidente en la visita de Genscher a Moscú, a principios del mes de diciembre del año 1989.

De tal manera, en la visita que Kohl y Genscher realizaron a Moscú, los días 10 y 11 de febrero del año 1990, la URSS dio luz verde a la unificación alemana, de acuerdo con los principios del año 1975, del Acta de Helsinki; es decir, con que Alemania tuviera plena libertad para dirigir el proceso de unidad y eligiera sus propias alianzas, anunciando, al mismo tiempo, la predisposición soviética para retirar todas sus tropas de Europa Central, una vez cumplidas ciertas condiciones.

No obstante, en sucesiva rapidez los soviéticos avanzaron una serie de propuestas sin orden ni concierto, ni relación entre sí, entre las cuales destacan la de disolución de los pactos, la entrada de las dos Alemanias ya unidas en las dos Alianzas, la formación de un órgano en Berlín que controlara todas las fuerzas militares alemanas, un *status* especial militar dentro de la OTAN para Alemania semejante al de Francia... etc., con lo que no se hacía más que demostrar la impotencia soviética para digerir el difícil problema de la unificación alemana y dirigirla a su antojo.

Sus efectos sobre la Alianza Atlántica

La continuidad de la permanencia de Alemania en la OTAN era fundamental para el nuevo orden europeo de seguridad en el que la Alianza Atlántica debía seguir siendo protagonista de primer orden. En cambio, esa continuada permanencia de la nueva Alemania era algo de difícil aceptación para la URSS.

Con todo, también se consiguieron vencer los escrúpulos de la URSS, reconfirmando el derecho alemán a elegir libremente sus alianzas, recogido en el artículo 6 del posterior Tratado «2 más 4», primeramente en la reunión de Gorbachov con Kohl y Genscher, de febrero del año 1990 y, después, en la cumbre Gorbachov-Bush de mayo-junio del mismo año. Sin embargo, la aprobación final sólo se obtuvo en la reunión entre Gorbachov y Kohl, en el Cáucaso, en el mes de julio del año 1990, donde el primero se mostró totalmente de acuerdo con las pretensiones alemanas sobre la unificación, entre las cuales ocupaban un papel destacado los detalles de la situación militar de Alemania dentro de la OTAN.

Esta situación militar se reflejó finalmente en el texto del Tratado «2 más 4», firmado el día 19 de septiembre del año 1990, que prevé en su artículo 4.1 que «los Gobiernos de la RFA, de la RDA y de la URSS, regularán por un tratado las condiciones y duración de la presencia de Fuerzas Armadas soviéticas en el territorio de la actual RDA y de Ber-

lín, así como la ejecución de la retirada de dichas Fuerzas Armadas, que deberá estar concluida a fines del año 1994».

Otros detalles del mismo Tratado son:

- Artículo 3.1: renuncia alemana a la fabricación, posesión y control de armas nucleares, biológicas y químicas.
- Artículo 3.2: limitación de las Fuerzas Armadas alemanas, terrestres, navales y aéreas, a 370.000 hombres.
- Artículo 5.1: estacionamiento de fuerzas alemanas en el territorio de la RDA limitado exclusivamente a las unidades alemanas de la defensa territorial no integradas en la estructura OTAN.
- Artículo 5.2: excepción de la norma anterior aplicada a Berlín, donde podrían existir tropas norteamericanas, británicas y francesas bajo condiciones especiales.
- Artículo 5.3: terminación del *status* especial del territorio de la RDA respecto a las unidades militares alemanas, que podrían estacionar en él, incluso las integradas en la estructura OTAN.

Este Tratado fue seguido y firmado por él el día 9 de octubre siguiente que tenía por objeto regular la estancia de las fuerzas soviéticas en la antigua RDA, que tenían que organizar su vida dentro de un país ya soberano de nueva aparición, regulando tanto la ayuda financiera que prestaría Alemania como apoyo material a estas fuerzas así como detalles de jurisdicción y cooperación administrativa. Bonn se comprometió a contribuir a los gastos de estacionamiento en 3.000 millones de DM; al transporte de las fuerzas en retirada, en 1.000 millones; a la preparación del personal para trabajos civiles, en 200 millones de DM; y a los gastos de alojamiento en la URSS para las tropas red desplegadas y sus familiares, en 7.800 millones de DM. Además, se concedió a la URSS un crédito de 3.000 millones de DM, de los cuales 1.500 millones eran a fondo perdido. Total, el coste de la retirada de las tropas soviéticas costará a Alemania un total de 13.500 millones de DM.

Epílogo

Tras el proceso señalado, una multitud de alemanes esperaban a media noche del día 2 de octubre del año 1990 la llegada del nuevo día con el que empezaba un nuevo período de la historia alemana después de unificado el país hasta entonces dividido. Así terminaba la partición de Europa que había dado origen a dos Estados que por sí mismos no podían constituir una amenaza para los demás Estados. Durante este período de guerra fría, la RFA, particularmente, ha sido más bien una política exterior que dio origen a un régimen con una política exterior.

La Alemania unificada hereda la enorme carga de un régimen destrozado cuya asimilación le llevará mucho tiempo, durante el cual sus dificultades, como veremos a continuación, serán muy notorias, reduciendo su capacidad material para influir en los asuntos mundiales.

Efectos políticos de la unificación

Ante las perspectivas que la unificación abre a una Alemania apoyada en una extensión de 356.878 kilómetros cuadrados y una población de 78.800.000 habitantes, se han

expresado inquietudes sobre cuál será su futuro comportamiento, que el ministro Hans Dietrich Genscher se ha apresurado a disipar diciendo en su discurso, del día 6 de abril del año 1990, que «nuestro objetivo, como Thomas Mann escribiera ya en el año 1952, se crea una Alemania europeizada más bien que una Europa germanizada».

Sin duda, la Alemania actual está anclada firmemente en los valores e instituciones eurocidentales, lo que garantiza el establecimiento de la democracia que en ella predomina. En general, sus dirigentes creen que podrán fomentar los intereses alemanes de la mejor forma posible siguiendo los objetivos perseguidos por los programas propios de las instituciones europeas multinacionales, donde Alemania está firmemente asentada, que haciéndolo de forma directa y unilateral.

El sentimiento de identidad nacional alemán

Rechazadas estas preocupaciones por injustificadas, los observadores internacionales se interrogan sobre cuál puede ser el sentimiento de identidad nacional que, actualmente, impregna la sociedad alemana. Por parte oficial, se insiste en destacar el espíritu democrático que anima la vida de la República Federal y, como si se pidiera perdón por la marcha de los acontecimientos, se insiste en que ella no ha sido la que ha tomado la iniciativa del movimiento unificador actual y que se imponía darse prisa en realizar la unión teniendo en cuenta el desastre material y moral en que había caído el sistema comunista, que se agravaba por momentos.

De otro lado, esa misma parte oficial ha considerado poco práctico e inoportuno toda referencia a acontecimientos anteriores al año 1945 como, por ejemplo, la exposición dedicada a Bismarck, inaugurada en Berlín muy discretamente por estar programada desde antes de iniciarse los acontecimientos del año 1989, y el olvido de cualquier alusión a los tiempos de Weimar, sin que, de otra parte, la comunidad judía haya tenido éxito en sus intentos de que el Estado alemán se hiciera cargo, de manera muy explícita, de los crímenes del nazismo y de las responsabilidades que esto pudiera acarrear. En una palabra, se trata de hacer olvidar todo lo que pueda enturbiar la imagen de la moderna Alemania entre los extranjeros y los mismos nacionales.

Con este comportamiento se sigue una actitud paralela a la de la misma población que, confirmada por estudios sociológicos recientes, presenta como sentimiento de su identidad nacional una cierta repugnancia a mencionar la historia alemana del período 1871-1945 y hace gala de acoger los valores culturales de los países occidentales, particularmente los norteamericanos, destacando además dos aspectos privilegiados, causa de su orgullo: los éxitos económicos y el irreprochable funcionamiento de sus instituciones democráticas. A estos dos factores de formación de su identidad nacional, los alemanes añaden un tercero: el de sus éxitos deportivos, contabilizando entre éstos los logrados en todos los terrenos por las dos Alemanias.

Queda por ver, finalmente, otro de los ingredientes tradicionales de la conciencia de identidad nacional alemana en la República Federal como es el anticomunismo, que actualmente celebra su gran triunfo.

De todas formas, puede preguntarse si la unificación abrirá la «caja de Pandora» de las tradiciones alemanas clásicas que hoy se ven tan repudiadas. Por el momento, los intelectuales se mueven muy poco en esta dirección y los antiguos símbolos no cuentan mucho, tales como el himno nacional, los personajes históricos y al mismo asentamiento

de la capitalidad de la nación, existiendo tal desconfianza hacia ellos que causa asombro a los observadores extranjeros que se preguntan: ¿no se presentará en un futuro un movimiento de orientación reaccionaria, que se imponga en una población fácilmente exaltable, que hoy tiene como preocupaciones la lucha contra los problemas económicos, contra el paro y la conservación del nivel de vida ya conquistado?

En esta dirección hay quien teme que la identidad del nuevo Estado alemán llegue a fundamentarse en una forma de xenofobia generalizada, que ya se hace sentir en los *länder* orientales contra los inmigrantes polacos que confluyen sobre Berlín y otras ciudades alemanas.

Sin embargo, puede afirmarse que el mayor riesgo de la unificación alemana se asienta en el hecho de que descuide su participación en la marcha de los asuntos de la Comunidad Europea, replegándose sobre sí misma para consagrarse, primordialmente, a la labor, costosa y paciente, del restablecimiento del nivel medio común de los territorios de la antigua República Democrática. En este sentido, conviene recordar que las relaciones francoalemanas ya han sufrido cierto deterioro de que sea la principal preocupación alemana empezó a ser la unificación, particularmente en el campo de los intercambios culturales, habiendo llegado a generalizarse la expresión de que «Francia ya no tiene nada que decirnos».

Quizás aquí pueda verse un reflejo de la actitud poco favorable a los contactos con Francia e Inglaterra, como sociedades nacionales, como reacción al escaso papel, incluso negativo en sus comienzos, que ambas naciones han jugado en el proceso de unificación. De cualquier forma, la Alemania oficial está respondiendo a la línea que la República Federal viene siguiendo desde el año 1949, pronunciándose favorablemente por la democracia europea como objetivo primordial y, a fin de cuentas, su unificación no se ha hecho, como en el año 1871, contra la voluntad de las demás potencias sino con su consentimiento ni, tampoco, como en el año 1919, a causa de una derrota, ni por un mandato extranjero, sino mediante un proceso democrático.

La nueva política internacional

En cuanto al tema de su posible nueva política internacional, pocos cambios se han anunciado por ahora. Sin duda, Estados Unidos se ha ganado el puesto de colaborador principal de los alemanes, mientras que a escala europea no hay que excluir modificaciones en las relaciones privilegiadas de más de 30 años con Francia y la Gran Bretaña, cuyos intereses nacionales no coinciden en muchos puntos con los de Alemania, como lo han manifestado algunos de los dirigentes de ambas mostrando sus inquietudes y su intención de frenar la marcha hacia la unidad, aunque después hayan pronunciado discursos más conciliantes.

Pero, en el terreno de la seguridad, y en el económico, las tres naciones tendrán que conservar a toda costa lo logrado en el pasado reciente, si se quiere garantizar el establecimiento de una estructura europea de seguridad y también económica, olvidándose por parte alemana las experiencias negativas del comportamiento británico y francés durante los primeros meses del año 1990.

Mientras se aclara este punto de cuál será con claridad la hasta ahora política indecisa del Gobierno alemán respecto al exterior conviene destacar su falta de seguridad con tres ejemplos ya bien conocidos: su comportamiento con motivo de la guerra del Golfo,

el seguido durante la crisis yugoslava y el observado en el proceso de la unidad europea. En páginas posteriores se analizará su política de seguridad, en particular respecto a la OTAN y la seguida en relación con el Este europeo y la Comunidad Europea.

Durante la guerra del Golfo, ni el Gobierno ni la oposición alemana se decidieron por un apoyo abierto a la intervención norteamericana en Irak, aunque tampoco la rechazaron. Bien es verdad que el pueblo alemán soportó casi la tercera parte de los costes de la guerra y que participó muy activamente en operaciones logísticas. Pero, no lo reconocieron públicamente, por que de una parte, se han visto criticados y, de otra, obligados a aportar una fuerte contribución financiera.

En el desarrollo de la crisis yugoslava, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, presionado en el Bundestag, estimuló a los croatas a seguir el sendero de su política separatista, aunque se retractara en el último momento ante las peligrosas consecuencias de su actitud, que creó entre sus aliados occidentales la impresión de que Alemania, de acuerdo con Austria, quería seguir una política propia de renacimiento y vivencia de pequeñas naciones en Europa Central y Oriental. Como se pudo comprobar, prácticamente, los alemanes dudaron, una vez más, en seguir la línea de este reconocimiento, con los consiguientes recelos entre sus aliados occidentales.

En el proceso de unión europea, más claramente en lo referente a la unidad política y monetaria, Alemania apoyaba, junto a Francia, un plan para profundizar en la realización de la unidad. Pero, a partir del año 1989, cambió repentinamente de postura, proclamándose a favor de la ampliación de la Comunidad al este europeo con lo que, queriéndolo o no, se situaba en la posición próxima al Reino Unido, que exige con firmeza que la Comunidad acoja en su seno a los países centrales y orientales de Europa, intentando así evitar la cesión de soberanía que impondrá la creación de una supranacionalidad europea de la Comunidad.

Este giro de postura alemana fue alimentado por un idealismo paneuropeo y por el renacimiento del pensamiento de la idea de Estado-Nación, lo que demuestra que muchos políticos alemanes persiguen, con sinceridad, objetivos incompatibles entre sí.

Por último, está la política de inmigración, en la que tiene su parte la xenofobia, enfermedad muy extendida, y en la que ni la derecha ni la izquierda intentan encontrar una solución aceptable entre el humanismo y la utilización sistemática del miedo a los extranjeros, que hiciera posible la inmigración por motivos económicos, en límites razonables, reduciendo al mínimo el número de falsos peticionarios de asilo político con el número de inmigrantes de origen alemán, procedentes de países del Este europeo, y facilitar la concesión de la ciudadanía alemana.

En este grupo se encuentran los dos millones de alemanes por etnia que, hoy por hoy, viven en la antigua URSS, de los que funcionarios de los lugares de su actual residencia hablan de la posibilidad de que, junto con los judíos que se encuentran en los territorios de la ex URSS, unos dos millones abandonen sus lugares de residencia en los próximos años para establecerse en la República Federal. Ante esta posibilidad, Alemania se encuentra dividida entre los que admiten y los que se oponen a esta inmigración masiva que se avecina.

Por su parte la derecha no cesa de afirmar que Alemania no es un país de emigración mientras la izquierda debe comprender que, año tras año, no pueden admitirse ilimitadamente a centenares de miles de nuevos nacionales por la vía de la petición de asilo político o de la repatriación.

Estos cuatro ejemplos demuestran que los dos grandes partidos alemanes, el SPD y la coalición CDU-CSU, se encuentran en pleno desorden y disconformidad respecto a las grandes líneas a seguir en la política nacional que impone la unificación.

Efectos y situación económica

La caótica situación de la RDA

Las dificultades que en el terreno económico ha planteado la unificación han sido mucho más visibles y salientes que la unificación política y la regulación internacional de este problema. Primero, por la necesidad de hacer una unidad monetaria; segundo, por la asimilación de un sistema de economía planificada, completamente en bancarota, para transformarla en libre, poniendo de manifiesto que este formidable desafío no fue debidamente calculado, en un exceso de confianza en la fuerza de la economía de mercado imperante en la parte occidental alemana.

Lograda pronto una decisión aceptable para la unión monetaria, tanto los responsables políticos como los expertos económicos infravaloraron el verdadero estado arcaico del aparato de producción alemán oriental, que con la apertura de su mercado a los productos occidentales, ha provocado el pleno hundimiento de todo su sistema económico con mucha más incidencia que la que tuvo la simple sustitución del marco oriental por el occidental a razón del cambio de uno por uno.

La introducción del sistema de libre cambio ha revelado de forma indiscutible la fragilidad de las empresas alemanas orientales, que habían venido gozando de una mano de obra más que abundante, con equipamiento anticuado y una productividad inferior en un 50 % a las occidentales, ofreciendo productos de calidad mediocre, poco atractivos y con un inadecuado sistema de distribución, careciendo plenamente de mercado libre. A todo lo cual venía a añadirse un efecto muy sensible, ya que, con la introducción del nuevo marco, se retrajeron inmediatamente los mercados exteriores del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) que, a partir de entonces, tenían que hacer sus pagos en divisas fuertes.

Atacadas abiertamente por la competencia, antes inexistente, de los productos occidentales, y sufriendo el descenso registrado en sus salidas tradicionales hacia los mercados del Este europeo, asegurados por el CAME, las empresas orientales alemanas vieron bien pronto bajar su nivel productivo, de tal forma que, en los meses de julio y agosto del año 1990, la baja en la producción fue del 40 % y, en el segundo semestre del año, superior al 50 % con relación al año 1989. De esta manera, el sector primario y las fábricas de productos químicos polucionantes corren el riesgo de desaparecer, aunque los servicios, la industria y el comercio ligados al automóvil, la madera y los hidrocarburos parecen conservar posibilidades de futuro, a condición de reorientar a los obreros hacia nuevos oficios.

La creación de Treuhandanstalt

Al carecer de tesorería para hacer frente al pago de salarios, la mayor parte de las empresas alemanas orientales se han mantenido a flote gracias a la inyección de créditos garantizados por el *Treuhandanstalt*, holding público establecido en Berlín, con 15 direc-

ciones regionales situadas en los antiguos distritos orientales, que tiene por misión la privatización de los bienes y empresas de la antigua RDA convertidas en propiedades de la RFA, además de gestionarlas, contribuir al restablecimiento económico de los nuevos *länder* y liquidar aquellas empresas que no resulten rentables. Este órgano se ha hecho cargo de más de 10.000 empresas y, a finales del año 1991, había privatizado más de 3.500. De ellas, la dirección regional establecida en Gera, Turingia, que empezó con 350 empresas a su cargo, ha encontrado salida para 150, y de las 250 restantes liquidará, probablemente, entre 60 y 80, por falta de viabilidad, reestructurándose y saneándose las demás a la espera de futuros adquirentes. En el desarrollo de sus funciones el *Treuhandanstalt* se niega a malvender las empresas y exige de sus compradores el compromiso de conservar al máximo posible sus empleados, así como garantías de un plan de inversiones y de modernización que garanticen el futuro.

El órgano estatal intenta, de otro lado, satisfacer las demandas de los aspirantes a la compra que quieren protegerse contra posibles reclamaciones de antiguos propietarios que pretenden recuperar sus bienes, lo que en parte ha venido a simplificar una ley federal, de marzo del año 1991, que prevé el derecho a una indemnización en lugar de la plena devolución de la propiedad. Los adquirentes, por su parte, reclaman la comprobación de las deudas contraídas en el pasado, pudiendo concedérseles créditos de varios años, con la finalidad de extinguirlas.

También el *Treuhandanstalt* debe hacer frente a presiones locales encaminadas a la conservación del mayor número de empresas y al aumento de salarios, y cuanto más pasa el tiempo mayores son sus dificultades para liquidar las empresas aún vendidas pues son las menos viables, por lo que su transmisión se hará, si se hace, en difíciles condiciones, como ha ocurrido con la fábrica Zeiss, de Jena, que teniendo 60.000 asalariados hasta el día 30 de junio del año 1991, se quedó solamente con 27.000, previéndose para el día 31 de diciembre otros 17.000 ceses, después de lo cual se partirá en cuatro sociedades, una de las cuales será la de Oberköchen, con 3.000 empleados.

Asimismo, el *Treuhandanstalt* se ocupa de atraer inversores extranjeros, aunque no encuentre muchos, liberados por los franceses, seguidos por los suizos, austriacos, holandeses y suecos; japoneses y norteamericanos aparecen por medio de sus filiales en la RDA. Así, la Renault ha realizado una operación espectacular tomando a su cargo la red de concesionarios de automóviles de la firma Wartburg (Trabant).

Este órgano liquidador y saneador debe continuar con sus funciones hasta el año 1994. Mientras tanto, ya se ha dado a conocer la existencia, hasta el año 1991, de un déficit de 25.000 millones de DM y que, como en el año 1992, las privatizaciones no producirán más de 12.000 millones, el déficit para dicho año será de 50.000 millones de DM.

El paro y los salarios

Con estas graves alteraciones del mercado, ha subido alarmantemente el paro tomando en pocos meses proporciones inquietantes, registrándose, en mayo del año 1991, la cifra de 842.000 parados totales en la antigua RDA, y 1.963.000 parados parciales. En el mes de julio, el número de parados rebasó el millón, es decir, más del 12 % de la población activa, y si se incluyen los parados parciales sin ocupación fija, la tasa de paro se sitúa en un nivel superior al 20 %. Esta cifra, a pesar de haber llegado a su techo a fines del verano del año 1991, se mantendrá estable todavía como fenómeno duradero.

En cierta manera, a medida que el apoyo financiero del *Treuhandanstalt* se vaya haciendo más selectivo, que mejore el proceso de reestructuración y que terminen las medidas de protección contra el despido, mejorará en algo la crisis de paro, pero a pesar del millón de empleados que han ofrecido conservar las 3.000 empresas transmitidas por el *Treuhandanstalt*, siguen existiendo grandes inquietudes, particularmente entre las mujeres, por la falta de personas cualificadas entre los servicios y profesiones sociales, que se ven constantemente atraídas por el Oeste.

Según un informe reciente presentado al canciller, el número de parados, en el año 1992, debe pasar a ser de 1.350.000 o sea el 16 % de la población activa, y un número superior a tres millones de alemanes orientales sólo encontrarán empleo de forma parcial. Estos pronósticos no incitan a aumentar los salarios en los nuevos *länder* sino más bien a mantenerlos en un 6 % de los occidentales, y a aumentar los sólo gradualmente hasta llegar a su homogeneización en el año 1995, un año antes en Berlín.

Demanda y oferta críticas

En estas circunstancias se está poniendo difícil el hacer arrancar la economía oriental, donde la oferta y la demanda no acaban de normalizarse.

En el plano de la demanda, el exceso de poder adquisitivo unido a la conversión del marco y a la revalorización de los salarios, a las prestaciones sociales así como a la demanda pública a causa de las transferencias presupuestarias masivas de Oeste a Este (47.000 millones de marcos, en el año 1990) no han posibilitado la detención de la caída de la producción alemana oriental, esencialmente porque los alemanes orientales han venido rechazando los productos de su República, buscando los occidentales, con lo cual hacen peligrar sus propios empleos. De tal forma, contra lo esperado, el acceso de la RDA, ya desaparecida, a la economía de consumo y al sistema de economía de mercado, ha venido a beneficiar a la economía alemana occidental.

En el campo de la oferta, no se han producido las inversiones creadoras de empleo con que se contaba, procedentes del Oeste, para atender las grandes necesidades del nuevo mercado. Esto ha ocurrido porque: primero, las empresas occidentales han podido abastecer el mercado alemán oriental con sólo ampliar sus redes comerciales, sin necesidad de implantar en él nuevas fuentes de producción; y segundo, por lo poco atractivas que resultaban para el inversor a la vista del estado lastimoso de las redes de telecomunicaciones y transportes de la antigua RDA, de las grandes incertidumbres jurídicas sobre los derechos de propiedad, no compensadas por la existencia de una mano de obra, transitoriamente barata y cualificada, cuyas ventajas van desapareciendo por el continuo emigrar al Oeste, a razón de unos 10.000 mensuales, habiendo sido 400.000 los que se establecieron en el año 1991 y por la subida de salarios, que vienen acercándose, regularmente, a los que se disfrutaban en la parte occidental y cuyo acercamiento no se interrumpirá mientras dure la corriente migratoria Este-Oeste.

Vistas estas dificultades, no son de extrañar las críticas que se han hecho a la política económica de Kohl. En primer lugar, por el elevado coste de la unificación y las modalidades de financiación. El coste fue estimado muy por bajo de la realidad, y así las necesidades totales de las colectividades públicas se calcularon, en el año 1990, en 100.000 millones de DM, mientras, en el año 1991, se estimaron en 150.000 millones de DM. Pero no fue sólo el coste total sino la forma de la financiación lo criticado pues se ha

roto la promesa inicial del canciller de no recurrir al impuesto y, al final, el Gobierno federal se decidió por un aumento impositivo sobre los carburantes y a elevar el impuesto sobre la renta, a partir del mes de julio del año 1991. También se ha admitido el principio de una elevación, para el año 1992, del Impuesto sobre el Valor Añadido (IVA) pasaría a ser del 15 %.

Decisiones inadecuadas

Primera. La decisión que más ha contribuido a frenar el desarrollo de los nuevos *länder* ha sido la referente al derecho de propiedad, con la garantía ofrecida a los antiguos expropiados de sus bienes de que podrían recuperarlos o, en su caso, recibir una indemnización. Así se originó un clima de incertidumbre jurídica y económica, habiéndose presentado más de un millón de peticiones de devolución de propiedades inmobiliarias, rústicas y urbanas, estando sometidas a un estudio que puede durar varios años, lo que produce un efecto disuasor sobre los inversores, que ha retrasado el proceso privatizador.

Segunda. El órgano privatizador, el *Treuhandanstalt* ha sido objeto de numerosas críticas, entre otras, por la falta de transparencia de sus decisiones y también porque antes de que la RDA hubiera desaparecido, cediendo su lugar a los *länder* para que, en aplicación de la Grundgesetz pudiera asumir competencias de desarrollo industrial y ordenación del territorio, se confió esta tarea a un órgano central único, dependiente del Bund. Pero, sobre todo, las críticas más intensas las ha originado la prioridad dada por el Gobierno federal y dirigentes del *Treuhandanstalt* a la rápida privatización de las empresas de mayor rentabilidad con perjuicio del saneamiento previo al salvamento del mayor número que no eran inmediatamente rentables, temiéndose el peligro que encierra el hecho de que la falta de adquirentes y por no haber disfrutado a tiempo de una ayuda para su reestructuración, muchas empresas desaparezcan.

Tercera. Una tercera crítica se ha hecho a la lentitud de modernización de las estructuras en circunstancias en que se hacía perentorio paliar las graves deficiencias de los sistemas ferroviarios y de carreteras, así como de telecomunicaciones, para el desarrollo de nuevas actividades. Se ha criticado a las autoridades el no haberse dado cuenta a tiempo del problema, poniendo los remedios correctores, deplorándose que de las necesidades atendidas con los considerables gastos realizados, como son los 100.000 millones de DM, en el año 1990, en la RDA, se haya utilizado la parte esencial en servicios de funcionamiento, en detrimento de actividades productivas, como lo demuestra el que los 12.000 millones de marcos destinados, en el año 1990, a la mejora de infraestructuras públicas no representan más que la tercera parte de los 35.000 considerados necesarios para tal finalidad, por año y durante un período de diez años.

Nuevo impulso a la política de inversiones

Para activar la retracción y eliminar las dudas de los inversores, el Gobierno ha resuelto intervenir de manera más activa al amparo de un nuevo programa que empezó a ponerse en práctica a finales de febrero del año 1991, dotado con 22.000 millones de DM, como cantidad suplementaria para utilizarse en dos años: 12.000 para el año 1991 y 10.000 para el año 1992. Con estas cantidades, se han tomado medidas para acelerar la renovación de las estructuras, promocionar las actividades privadas, fomentar la creación de

empleo y a la creación de empresas. Los municipios han recibido una asignación inmediata de 5.000 millones de DM para renovación de equipamiento.

Así pues, con las ayudas ya concedidas, particularmente bajo el programa general «Fondos para la unidad alemana», el total de la ayuda financiera destinada al desarrollo de los nuevos *länder*, para el año 1991, llegó a la cifra de 81.000 millones de DM, cuando el presupuesto federal alemán, para el mismo ejercicio, fue de 412.000 millones de DM.

De todas formas, la iniciativa gubernamental de más relieve ha sido la modificación de las normas sobre el derecho de propiedad mediante una ley, promulgada en el mes de marzo del año 1991, que establecía condiciones muy restrictivas para poder adquirir la restitución de la propiedad perdida, en virtud de las cuales la propiedad actual dispondrá de unas garantías frente al antiguo propietario que, si no puede garantizar por sí mismo la explotación del bien de que se trate podrá ser indemnizado.

Signos de esperanza y de inquietudes

Desde finales del verano del año 1991 han aparecido ciertos signos estimulantes que permiten pensar en la posibilidad de un pronto arranque de la economía oriental, donde se ha detenido el proceso de caída de la producción e incluso registrado un remonte de su actividad, por lo menos en algunos sectores, y aunque siga cayendo en otros industriales amenazados, la caída se ve compensada por el desarrollo sensible de ciertos servicios, la edificación y el artesanado. Este arranque del crecimiento tendrá que mantenerse en los próximos meses para tomarlo seriamente en consideración, siendo del 12 % las previsiones últimas de crecimiento para el año 1992. La andadura se va haciendo lentamente y, en buena parte, seguirá dependiendo del Oeste hasta que pueda adquirir dinámica propia.

Otro signo esperanzador lo ofrecen las creaciones de empresa que, entre el mes de julio del año 1990 y el mismo mes del año siguiente originaron 350.000 nuevos empleos. Aunque jugando con retraso, se confirma el flujo de inversiones y se amplía de manera que las firmas occidentales alemanas llevan invertidas en la parte oriental más de 20.000 millones de DM, a los que añadir las del sector público o parapúblico que suman, entre otros 6.500 millones de DM de Correos del Bund, 2.000 millones de los ferrocarriles federales y 4.000 para gastos de electricidad, más unos 4.000 millones en servicios varios.

Sin embargo, el saneamiento industrial del Este parece que llevará bastante tiempo pues si bien la privatización marcha aceptablemente habrá de enfrentarse con situaciones muy críticas cuando haya que decidir entre su conservación o liquidación, por su alto coste financiero, humano y social. A esto se añade la inquietante elevación del déficit público, con el gran endeudamiento creado por la unificación que, para el año 1992, alcanzará los 82 billones de pesetas y, en 1993, 93 billones, o sea casi el 50 % del PIB, según informes recientes del Bundesbank. Más aún, según datos del Instituto IFO, de Munich, de principios del mes de mayo del año 1992, si se consolidan todas las deudas del sector público para el año 1995, la deuda pública será entonces, aproximadamente, de 120 billones de pesetas, o sea del 80 % del PIB previsto.

Las Fuerzas Armadas después de la Segunda Guerra Mundial

Antecedentes

Dada la importancia adquirida con la nueva situación demográfica, geográfica y geopolítica, Alemania está llamada a jugar un mayor papel que el que ahora ha desempeñado en los aspectos de la defensa, durante los últimos 40 años, en los que su política exterior y de seguridad no eran realmente la suya propia. A partir de ahora, puede aspirar a una actividad propiamente planificada, a la vista de sus objetivos nacionales, que podrán no coincidir con los de sus aliados. Y es de destacar que aunque, como instrumentos de la política se ponen, hoy, en primer plano a los factores económicos y financieros, en realidad las fuerzas militares seguirán siendo los medios que permitan el ejercicio del poder y de la responsabilidad, sin olvidar la influencia de aquéllos. Consiguientemente, el que Alemania decida dónde y cuándo, y si lo decide, va a jugar un papel militar en los asuntos mundiales, será una señal inequívoca de cuál será la orientación general de su política.

Las Fuerzas Armadas federales, creadas en el año 1955, eran resultado de los deseos contradictorios de los aliados de oponerse a la amenaza soviética y, al mismo tiempo, tener controlada a Alemania. Esto determinó su naturaleza, caracterizada por la serie de limitaciones impuestas, destinadas a impedir el resurgimiento del militarismo germano.

Así nacieron una serie de relaciones especiales con las potencias occidentales que definieron los parámetros en que se movió el espíritu de defensa alemán, en cuyo territorio se mantenía un importante núcleo de fuerzas militares aliadas, controlando el espacio aéreo alemán occidental y presente en Berlín. Por su parte, la URSS vino ocupando la otra parte del Este.

Situación después del año 1955 y restricciones impuestas

Al adherirse al Tratado de Washington y a la UEO, y para calmar las inquietudes francesas respecto del potencial militar alemán naciente, Adenauer aceptó un conjunto de renuncias que afectaban al despliegue de fuerzas, a su sistema de control y mando, a la totalidad de efectivos y al nivel de armamentos.

DESPLIEGUE LIMITADO DE FUERZAS

Los mismos alemanes insistieron en que sus fuerzas militares no serían desplegadas fuera de Europa, entendiéndolo que, en el seno de la Alianza se encontraban las más importantes potencias coloniales, queriendo evitar verse implicados en posibles y futuros conflictos en sus territorios extraeuropeos. Así, el día 26 de febrero del año 1955, víspera de la votación por el Bundestag de la entrada de la RFA en la OTAN, se aprobaba el primer suplemento de defensa a la Grundgesetz, que autorizaba el reclutamiento de Fuerzas Armadas.

Ahora bien, ni la ley fundamental ni el Tratado del Atlántico Norte limitan concretamente a una zona geográfica determinada el empleo de la Bundeswehr. No obstante, son muchos los que estiman que no sólo no hay motivos para pretender que la norma magna impone a las unidades militares alemanas tal limitación sino que la adhesión de Alemania, en el año 1973, a la ONU le impone la obligación específica, contenida en el ar-

título 43 de la Carta, de «poner a disposición del Consejo de Seguridad, a petición de éste, las Fuerzas Armadas que sean necesarias para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional».

La crisis del Golfo, junto con la unificación, han exigido un nuevo tratamiento del tema, en unos momentos en que Alemania no estaba aún preparada para imprimir un giro radical a la actitud mantenida durante el pasado. El canciller Kohl se ha comprometido (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*) de 2 de marzo del año 1991 a introducir los cambios requeridos en la Grundgesetz, pero para esto hace falta el apoyo de las dos terceras partes del Bundestag, lo que obliga a contar con los votos del SPD.

SISTEMA DE MANDO Y CONTROL

Hasta el pasado día 3 de octubre del año 1990, fecha de la unificación, Alemania tenía subordinado su Ejército de operaciones al mando de la OTAN y su Estado Mayor General no tenía, por tanto, competencias para preparar por su cuenta operaciones militares independientes. Las unidades combatientes de la Bundeswehr, en caso de guerra, pasaban a depender de la OTAN «Libro Blanco», del año 1985 y sólo quedaban bajo mando nacional algunos elementos de la defensa territorial, en apoyo de la retaguardia.

Esta situación ha quedado modificada por los acontecimientos del año 1990. Ahora, y hasta la prevista retirada de las fuerzas soviéticas el Tratado «2 más 4» permite sólo estacionarse en el territorio de la antigua RDA, a las unidades alemanas que no estén integradas en la estructura OTAN. Verificada esa retirada, sólo están autorizadas para desplegar en la parte oriental de Alemania las unidades de su Ejército, aún las integradas en la OTAN.

Estos hechos, así como la posibilidad de intervención de Alemania en futuras acciones de la ONU destacan la necesidad de contar con una estructura nacional, propiamente alemana, de mando y planificación. Actualmente, el Estado Mayor Central de las Fuerzas Armadas (*Führung der Streitkräfte*) compuesto de siete divisiones, cada una con mando de general, gana importancia dentro del marco global y entre estas divisiones la Tercera (asuntos político-militares) y la Sexta (planificación) han jugado papel primordial en el desarrollo del nuevo concepto y estructura de la Bundeswehr.

NÚMERO DE EFECTIVOS

En realidad, a pesar de que estaba autorizada a una cifra ligeramente superior, la Bundeswehr no rebasó, en tiempo de paz, los 495.000 hombres. Pero, en el mes de julio del año 1990, los resultados de las conversaciones entre Kohl y Gorbachov, en Cheleznovosk, llevaron al acuerdo de reducir las Fuerzas Armadas alemanas, tras la unificación a 370.000, en un período de tres a cuatro años.

El hecho de haberse realizado estas conversaciones bilaterales adquiere una particular significación porque hace destacar la soberanía alemana en una ocasión en que jugó su papel sin consulta oficial entre alemanes y sus aliados de la OTAN, a la que afectaba el acuerdo.

ARMAMENTO Y MATERIAL

El Gobierno de la RFA, al adherirse a la UEO, se comprometió a no fabricar nunca armas NBC ni tampoco ciertos tipos de las convencionales, entre ellas misiles y navíos de gue-

rra. Tales limitaciones fueron anuales con el paso del tiempo por el Consejo de la Unión Europea Occidental, en junio 1984, quedando solamente la de fabricación de armas NBC, prohibición que ha sido reiterada, e incluida en el Tratado «2 más 4», cuyo artículo 3 dice:

«Los Gobiernos de la RFA y RDA reafirmen su renuncia a la fabricación, posesión y control, de armas nucleares, biológicas y químicas. Declaran que la Alemania unida respetará igualmente sus compromisos, en particular los derechos y obligaciones que se derivan del Tratado de 1 julio 1968 sobre la prohibición de armas nucleares, que continuará aplicándose en la Alemania unida.»

También existen actualmente limitaciones cuantitativas en cierto tipo de armas convencionales, de acuerdo con el texto del Tratado CFE, del año 1990, lo que hace que el gran incremento en estas armas procedentes del NVA (*National Volksarmee*), de la RDA, tenga que reducirse, parcialmente, para acomodarse a la cifra, por lo demás elevada, de 4.100 carros de combate, 2.700 piezas de artillería y 900 aviones de combate que autoriza aquel Tratado para Alemania unida.

La situación después del año 1990

LAS FUERZAS ALIADAS

En el año 1988, aproximadamente, eran 1.500.000 los soldados existentes sobre suelo alemán, así distribuidos: 495.000 de la RFA; 170.000 de la RDA, 410.000 aliados y 420.000 de la ex URSS.

En un futuro inmediato, esta cifra se reducirá a menos de la tercera parte: 370.000 de la Bundeswehr y unos 100.000 aliados, si es que los alemanes así lo permiten, en tiempo de paz, y si así lo desean también sus aliados. Es de prever, no obstante que se mantenga la voluntad alemana y aliada de una presencia norteamericana, de unos 75.000 hombres, a la que se añade una participación francesa de unos 1.500 hombres, en la Brigada franco-alemana, más otros aliados, siempre que se autofinancien y renuncien a su *status* actual, casi autónomo, y se sometan plenamente a la jurisdicción alemana.

Por de pronto, el solo enunciado de estas condiciones ha enfriado el entusiasmo respecto al estacionamiento permanente de estas fuerzas en Alemania. A pesar de todo, los británicos parecen decididos a mantener una división acorazada, mientras holandeses y belgas piensan aún en conservar una brigada en suelo alemán unificado.

De otra parte, los militares alemanes muestran cierta reticencia respecto de las unidades multinacionales, a las que atribuyen un significado más político que militar, como es el caso de la Brigada franco-alemana, oficialmente operativa desde el año 1990, que para muchos oficiales superiores alemanes sólo tiene un valor limitado. La decisión tomada por la OTAN, el día 28 de mayo del año 1991, sobre las aportaciones nacionales a los cinco Cuerpos de Ejército multinacionales, como fuerzas principales de la región centro, ha tenido poca influencia en los medios alemanes de planificación, aunque se prevea la formación de dos Cuerpos de Ejército de los que formarán parte, junto a las divisiones alemanas, una división holandesa y otra norteamericana, previéndose que, en tiempo de paz, esta integración estará limitada a un pequeño Estado Mayor de planificación y enlace.

Muy recientemente, se habla de organizar un Cuerpo de Ejército franco-alemán.

Los alemanes, en la aplicación del concepto de Fuerzas de Reacción Rápida se deciden por Fuerzas Operativas Especializadas que puedan responder a situaciones imprevistas, intervinientes sólo después de adoptada la decisión nacional de participar, inquietándoles su falta de influencia directa sobre lo que serían las fuerzas más activas y complejas situadas sobre suelo alemán, y destacándose sus preocupaciones sobre un posible empleo «fuera de zona».

LA ASIMILACIÓN DEL EJÉRCITO DE LA RDA (NVA)

Por sus efectivos y equipamiento, el NVA era considerado como la fuerza más moderna en Europa del Este, con más de 2.000 carros y 1.600 piezas de artillería, formado por 10 divisiones de primera categoría, más unos 400 aviones de combate. Pues bien, ese Ejército, en palabras del inspector general de la Bundeswehr «no ha sido integrado en las Fuerzas Armadas alemanas sino simplemente disuelto y absorbido».

Para realizar esta absorción se creó, el mes de octubre del 1990, el mando oriental de la Bundeswehr, con Cuartel General en Strausberg, con la misión de hacerse cargo del mando de las antiguas unidades del NVA, disolver las que no se deseara conservar y ofrecer su apoyo a la retirada de Alemania de las fuerzas ex soviéticas. Disuelto en fecha de 30 de junio del año 1991, sus diversos elementos fueron incorporados como partes integrantes de la Bundeswehr, en cuyo seno existía cierta oposición a la idea de conservar todo oficial del NVA con más de tres años de servicio. Con todo, de los 24.000 oficiales del antiguo NVA se retienen aún unos 9.500, y de ellos se conservarán un máximo de 6.000. Por su parte, los 190 oficiales generales del NVA han sido pasados a la situación de retirados. Finalmente, el resto del personal menor de 55 años y empleo inferior a coronel tendrá la posibilidad de solicitar un contrato por dos años, que no se prolongará más que a los que reciban una credencial de seguridad.

LA BUNDESWEHR DE LOS AÑOS NOVENTA

El problema que inmediatamente se le plantea a la Bundeswehr es el de la reducción de sus efectivos, pasando de 535.000 a los 370.000 autorizados en el Tratado «2 más 4». Y en cuanto a la función de las Fuerzas Armadas, las discusiones sobre el sistema de reclutamiento ocupan el centro del debate, en el que el punto clave está en si los alemanes quieren disponer de Fuerzas adecuadas de Reacción Rápida, pues para ello harán falta cambios radicales y un mayor protagonismo del voluntariado.

Para realizar sus nuevas misiones, existirán en la Bundeswehr tres tipos de unidades:

- 1) Las que en tiempo de paz formarán la infraestructura militar básica, no necesariamente guardando una relación, en orden de importancia, con las fuerzas combatientes. Se incluyen en este grupo las escuelas militares y de formación, las instalaciones sanitarias, la defensa aérea y la policía del aire, las unidades de investigación y la información militar.
- 2) Las unidades que para ser movilizadas y organizadas necesitan de un período de cuatro meses, hasta el año 1994, y ocho meses después de esta fecha, frente a una amenaza en Europa Central.
- 3) Las Fuerzas de Intervención Inmediata, con buen armamento y elevado nivel de instrucción para su empleo en un conflicto limitado y gestión de una crisis, dentro o fuera de Europa.

EJÉRCITO DE TIERRA

Por vez primera, se ha creado una estructura nacional de mando con un Cuartel General central en Coblenza y tres mandos regionales de Ejército: Norte (Münster), Sur (Ulm) y Este (Postdam).

Las 12 divisiones existentes antes de la unificación, más las 6 del NVA, se reducirán a 8, y las 48 brigadas de combate del Ejército de Operaciones de la Bundeswehr más los 18 regimientos de carros e infantería motorizada del NVA se reducirán a 28, de la que sólo 7 estarán organizadas a nivel inmediatamente operativo.

Las unidades activas del tipo tercero estarán organizadas en dos Brigadas aerotransportadas, una de montaña, tres mecanizadas y la Brigada franco-alemana, con armas y servicios de apoyo formando tres brigadas de helicópteros de combate, del Ejército de Tierra. Su composición estará asegurada por una mayoría de profesionales, sin que se excluya al personal de recluta forzosa. La Brigada aerotransportada del Mando Norte será la contribución alemana a la Fuerza de Acción Rápida (FAR) de la OTAN, mientras que la Brigada de montaña y la franco-alemana formarán parte del Mando Sur, más la otra Brigada aerotransportada que se afectará a la FAR de la OTAN.

LA MARINA Y EL EJÉRCITO DEL AIRE

Las Fuerzas Navales son las que sufrirán la mayor reducción de efectivos, perdiendo para el año 1995, un tercio de estos, mientras que, de aquí al año 2005, perderá el 50 % de sus unidades navales.

El Ejército del Aire asumirá la misión de policía del espacio o sea la interceptación de los aviones sospechosos que crucen las fronteras alemanas, actividad que hasta el día 3 de octubre del año 1990 corría a cargo de los anglonorteamericanos. En dicha fecha, como prueba de soberanía, 2 escuadrones de cazabombardero F-4F *Phantom*, de la Luftwaffe, se transformaron en interceptores y enviados a Flensburg, a realizar estas nuevas misiones sobre el espacio aéreo alemán. Por otra parte, en el mes de enero del año 1991, por vez primera después de 35 años pudo la Luftwaffe desplegar operativamente fuera de Alemania, en ocasión de su envío a Turquía, por decisión de la OTAN, para hacer frente a la crisis del Golfo.

Relaciones exteriores

Con el Este europeo

Son muchos los que se plantean estos interrogantes: ¿es que la caída del «telón de acero» y la desintegración del este europeo se traducirá, en un tiempo no lejano, en la reconstrucción de una Europa Oriental gravitando alrededor de Alemania? Y como consecuencia, cada vez más atraída por este conjunto centrodanubiano ¿no caerá Alemania en la tentación de ir olvidándose de los lazos comunitarios ya establecidos y por establecer? Estos cantos de sirena que se lanzan y oyen en la Alemania unida están ya dando origen a las dificultades crecientes que, en el campo internacional, rodean las decisiones de sus responsables políticos, cuyos actos han provocado la desconfianza de unos y otros. Criticados en el Este por su preferencia comunitaria actual, también lo han sido en el Oeste,

anticipando lo que puede terminar en un eventual giro alemán y preguntándose inquietantemente ¿es lo suficientemente próspera, económica y financieramente, la situación de Alemania para hacer olvidar, con las ventajas que puede ofrecer para el este europeo, los conflictos históricos que han enfrentado, en otras épocas a Berlín con Moscú, Praga, Varsovia o Belgrado?; ¿ha desaparecido el temor al derecho de regreso a su antiguo hogar de los ocho millones de alemanes expulsados de Checoslovaquia, Polonia y los Balcanes?

Los numerosos puntos de fricción surgidos, de los años 1989 a 1991, entre alemanes, checos, polacos y rusos, son prueba de la complejidad de sus relaciones y de las dificultades de alcanzar una verdadera reconciliación. Un reflejo, y nada más que eso, de la debilidad estructural de la *ostpolitik*, se ha dejado sentir en la crisis yugoslava, en la que Alemania ha caído bajo la sospecha de que intentaba hacer una política independiente de la Comunidad.

Ejemplo patente de la existencia de sectores de posible colisión se ha comprobado en el tratamiento de los problemas de las minorías y de las fronteras. En efecto, aparte de los tratados en que su objeto era la reconciliación general y la cooperación político-económica, los acuerdos internacionales que tenían por finalidad establecer el estatuto de las minorías o unas garantías fronterizas han mostrado, a través de las fricciones surgidas en el transcurso de su elaboración, las grandes dificultades que subyacen en las relaciones entre Alemania y cada uno de los países eurorientales, presididas siempre por el escepticismo hacia su poderoso vecino.

CON POLONIA

Se trata del vecino con el que las relaciones son más complejas y de mayor sensibilidad a causa de la herencia histórica y, además, de los sufrimientos polacos durante la Segunda Guerra Mundial, teniendo también su parte activa las reservas legales formuladas por la RFA sobre la línea Oder-Neisse, mantenidas hasta la primavera del año 1990. A esto debe añadirse el antigermanismo fomentado durante bastante tiempo por los comunistas polacos como justificación de su alianza con la URSS, lo que hizo que, en el verano del 1989, el Gobierno de Mazowiecki quisiera establecer una diferencia más racional y conciliadora con la RFA, como lo demuestra el hecho de que, aun antes de la caída del muro, se pronunciara ya a favor de la unificación alemana, considerando prácticamente resuelto el problema de la frontera occidental de Polonia.

Pero, inmediatamente tras la caída del muro, se pasó de la despreocupación al desasosiego originado, entre otras causas, por la nueva situación de la RDA, donde existía una xenofobia latente e intensa, a lo que vino a añadirse la reacción de Varsovia al plan de dos puntos de Kohl, formulado el día 28 de noviembre del año 1989, ante la omisión de un punto undécimo designando el trazado de la línea Oder-Neisse como frontera oriental de Alemania unida, que traía a la memoria las cuatro particiones sufridas en el pasado. De poco sirvió para calmar la inquietud creada, la explicación de Bonn de que la RFA no podía garantizar la frontera oriental de otro Estado, refiriéndose a la RDA, ni la de un Estado que aún no existía legalmente (la futura Alemania unida), porque con ello se hacía dudar a los polacos de la vigencia de dos Tratados fronterizos anteriores: el de Görlitz con la RDA, firmado el día 6 de julio del año 1950, y el de Varsovia con la RFA, firmado el 7 de diciembre del año 1970.

De aquí la insistencia de Varsovia, en las negociaciones del Tratado «2 más 4» de que se exigiera al canciller alemán el reconocimiento explícito del carácter definitivo de la frontera Oder-Neisse, lo que fue rechazado por Kohl cuya posición se hizo insostenible cuando exigió la renuncia de Varsovia a cualquier eventual indemnización y a la regulación de los derechos de la minoría alemana en Polonia como medida previa a un acuerdo de solución del conjunto de los problemas germanopolacos. El canciller alemán cedió finalmente con ocasión de su estancia en Cambridge, los días 29 y 30 de marzo del año 1990, donde anunció la iniciativa de declaraciones paralelas de las dos Cámaras y los dos Gobiernos alemanes sobre la intangibilidad de la frontera occidental polaca (Boletín del *Presse und Informations Amt* der *Bundesregierung*, núm. 43, del mes de abril).

Bonn se decidió también por el tratamiento separado de los problemas fronterizo y el de las minorías y reparaciones, proponiendo dos Tratados distintos. El de fronteras, firmado después de la unificación, el día 14 de noviembre del año 1990, dio a los polacos las garantías buscadas. Otro Tratado posterior, firmado el 17 de junio del año 1991, en Bonn, reguló la cooperación económica financiera y regional, apoyó las gestiones polacas para su entrada en la CE y mencionó, por vez primera, la existencia de una minoría alemana en Polonia, dejando sin atender las exigencias formuladas por la asociación de expatriados de Silesia, aunque se hace alusión en documentos complementarios a los derechos culturales y lingüísticos de las minorías alemana y polaca en los dos países.

Con estos acuerdos, apoyados por una gran mayoría del Bundestag, el Gobierno polaco ha atenuado un poco su desconfianza hacia Alemania, pero entre los polacos persiste un sentimiento de insatisfacción. Por otro lado, el día 16 del mes de octubre del año 1991, el Bundestag dio su aprobación a la creación de una fundación para el fomento de la reconciliación germano-polaca, dotada de un fondo de 500 millones de DM, a invertir en tres años, medida que ha sido calificada de insuficiente y humillante por la prensa polaca.

Así pues, después de varios meses de incomprendiones declaradas, las relaciones germanopolacas siguen faltas de una clara armonía, siendo de destacar, de una parte, la actitud de los originarios de Silesia, que continúa retrasando la reconciliación y, de otra, el sentimiento antipolaco, primitivo y violento, tan extendido en la antigua RDA, particularmente entre los jóvenes. Las relaciones de buena vecindad se han restablecido a nivel gubernamental pero no en el ámbito popular, lo que es un reflejo del profundo foso que separa a ambos países a lo largo de la frontera Oder-Neisse.

Polonia teme la colonización económica alemana ya que su vecino occidental es el primer inversor extranjero en el mercado, del que disfruta del 40 % del capital invertido y está representado por 800 firmas, entre las totalmente propias y las *joint ventures*. También Alemania participa en un 20 % de las exportaciones e importaciones polacas, siendo el principal acreedor y proveedor de tecnología, así como el primer colaborador en el intercambio de capital, trabajo y turismo.

CON CHECOSLOVAQUIA

Cuatro meses después de la firma del Tratado de Amistad y Cooperación con Varsovia, se firmó en Praga, el día 8 de octubre del año 1991, un Tratado semejante que refrendaba la normalización de relaciones entre Checoslovaquia y Alemania. Bonn había estimado que el Tratado podría elaborarse sin las dificultades presentadas con Varsovia, pero se equivocó plenamente porque las negociaciones fueron extremadamente complicadas

dados los temores del Gobierno alemán a las posibles demandas de indemnización por los perjuicios causados durante la Segunda Guerra Mundial y a las exigencias de las asociaciones alemanas que representan los intereses de la población sudete, expulsada de Checoslovaquia en el año 1945, en una cifra entre 2,5 y 3 millones de alemanes, y en unas condiciones dramáticas que causaron la muerte de cerca de 200.000 personas.

A todas luces, las excusas dadas por el presidente checo Vaclav Havel, no fueron suficiente para la normalización de relaciones entre los dos países, en cuyas relaciones los checos ven a los alemanes como un medio de apoyo para su ingreso en los órganos occidentales, tales como OTAN y la CE. Pero a pesar de esta imagen protectora, las relaciones entre Praga y Bonn dejan bastante que desear, como pusieron de manifiesto las negociaciones del Tratado que, por su parte, no va resolver todas las fricciones que existen y el miedo a un regreso de los sudetes, particularmente en el norte de Bohemia y Moravia cuyas indemnizaciones están pendientes aún de regular, así como las de las víctimas del nazismo.

Por lo menos, el Tratado está permitiendo que Checoslovaquia progrese en la marcha de sus contactos con la CE, una de las líneas maestras de su política exterior.

CON LOS PAÍSES BALCÁNICOS

Los Balcanes presentaron poco interés geopolítico, en los años setenta, tanto para la RFA como para la OTAN, a causa de la inexistencia de Fuerzas Armadas soviéticas y de la ausencia de minorías alemanas (excepto en Rumanía), así por la no pertenencia de Yugoslavia al Pacto de Varsovia. Bonn miraba entonces a Moscú, Varsovia, Praga y Berlín Este, donde se centraban sus esfuerzos de normalización de relaciones.

Sin embargo, las relaciones con los países del Este europeo venían de muy antiguo, y de aquí su interés en la zona balcánica como ha sido una buena muestra la posición alemana en los primeros momentos de los acontecimientos en Yugoslavia, con el consiguiente recelo de sus aliados, que le obligaron a dar marcha atrás y sacar las debidas conclusiones de su precipitada acción. Desde entonces, Alemania atenta a mantener la cohesión de los Doce, viene mostrándose más cauta en sus decisiones sobre el problema yugoslavo.

Con el Oeste europeo

Después que el día 3 del mes de octubre del año 1990, Alemania realizara la unificación, Europa se prepara para recomponer la división artificial que le impuso la pasada guerra mundial sobre la que ya venía impuesta de siglos atrás, en cuya partición Francia, Inglaterra y la misma Alemania habían tenido su parte de responsabilidad. Ya que no pudieron imponerse individualmente sobre toda ella lo sensato fue el reparto de influencias.

En esta nueva etapa histórica del proceso de intento de crear una Europa unida, voluntariamente aceptada, no impuesta, los alemanes tienen una responsabilidad particular teniendo en cuenta su fuerza económica y demográfica, sumada a su posición geográfica como país europeo con más fronteras por su posición central, lo que hace que le afecte y pueda influir en todo cuanto ocurra en un gran espacio geográfico. De otra parte, su comportamiento es seguido con interés por esa misma vecindad y, al mismo tiempo desconfianza, por lo cual sus actuales y futuros aliados observarán muy de cerca el empleo que hará Alemania de su fuerza política y económica en el seno de las estructuras internacionales, particularmente, de la CE.

En esta situación era ingenuo pensar que los alemanes podrían, después del día 3 del mes de octubre del año 1990, disfrutar de cierta calma durante algunos, aunque pocos, años para concentrar sus esfuerzos en la solución de las dificultades que plantea la asimilación de su parte oriental y la realización material de su unificación interior. Ciertamente, hay quienes comprenden la necesidad de gozar de ese margen de retirada voluntaria y temporal, pero muchos de sus socios europeos no parecen dispuestos a conceder ese plazo de gracia, como ha puesto de manifiesto la guerra del Golfo y sus reacciones ante la subida de los tipos de interés, durante el verano del año 1991. Y, sin embargo, los acontecimientos en Europa que siguen sin encontrar solución exigen que Alemania vuelva pronto a encontrarse y sea, a la mayor brevedad, ella misma.

Alemania empieza a ser consciente de que su nueva posición y sus funciones en Europa no se ven facilitados por la unidad recién lograda sino que, al contrario, se han dificultado, y que sus socios, a pesar de las afirmaciones en sentido contrario, también necesitan tiempo para acomodarse a la unidad alemana. Se recuerdan las palabras de Kohl en su mensaje del día 30 de enero del año 1991, donde dijo que:

«Al recuperar la plena soberanía, los alemanes hemos adquirido no solamente más libertad de acción sino también más responsabilidad. Esto es lo que piensan nuestros amigos en el mundo, que esperan que Alemania unida se muestre digna de su nueva misión».

Por tanto, el hilo conductor de la política europea alemana, una vez realizada la unificación, no puede plantearse en términos de continuidad; más bien al contrario, Alemania ha de estar dispuesta para cumplir su nuevo papel en el sistema europeo. En este sentido, Kohl ha declarado abiertamente que la unidad alemana y la de Europa no se contradicen, como sostienen algunos, incluso en la misma Alemania, sino que es una ventaja aquélla para ésta, que, por lo demás, se trata de un objetivo que figura en el Preámbulo de la Grundgesetz como meta a alcanzar («Consciente de su responsabilidad ante Dios y los hombres... integrado en una Europa unida sobre la base de la igualdad de derechos, el pueblo alemán...»). Por tanto el canciller Kohl ha adoptado el principio rector siguiente: que la unidad de Alemania y la de Europa son dos caras de la misma moneda. Así pues, han quedado desautorizados los que veían en la unificación alemana un peligro para la unidad europea.

Para alcanzar esto, los alemanes tienen la convicción de que el motor no puede ser otro que la Comunidad, que hoy está en pleno movimiento, y que después de los años de *euroesclerosis*, tiene dinámica propia, impresa por Mitterrand, Delors y Kohl, y que está reclamando estructuras e instrumentos con los que abordar las tareas que se le presentan para poder convertirse en una Unión Europea, lo que requerirá la transmisión, ordenada en su objeto y tiempo, de los derechos nacionales a instituciones europeas supranacionales. El mercado interior es, ciertamente, una etapa fundamental, pero no lleva más que una fase de transición, que va por buena vía hasta su inmediata realización, prevista para el día 31 de diciembre de este año 1992.

En Alemania se considera que resulta totalmente necesario que la creación de la Unión Económica y Monetaria vaya indisolublemente unida a la unión política, no pudiendo admitir la renuncia a un sector de la soberanía del Estado como es la política monetaria mientras no se realiza la unión política. Lo contrario sería una unión mutilada.

Por lo demás, en el aspecto de la implantación de una política de seguridad y defensa, las declaraciones comunes de Mitterrand, en el mes de diciembre del año 1990, y de

Kohl, en el mes de octubre del año 1991, han puesto el tema sobre el tapete, proponiendo partir de la base que ofrece la UEO, pero todavía tienen que vencerse las reservas de británicos y holandeses.

De la actitud adoptada hasta el presente por Alemania respecto a Europa, que condicionará en gran parte su futuro, puede deducirse que para Bonn no hay elección en la alternativa Este u Oeste, conociendo bien que sus posibilidades de acción en el Este dependen en grandísima parte, de su posición en el conjunto occidental, sin cuyo apoyo carecería de la fuerza que hoy disfruta. Además, es obvio que las salidas que ofrece el Este, hoy por hoy, son limitadas. Por el contrario, en el año 1987, las exportaciones alemanas occidentales hacia la Comunidad fueron del 53 % del total, mientras que las importaciones procedentes de dicha zona alcanzaron la misma proporción.

El mismo Kohl expresó su vocación europea, el día 28 de noviembre del año 1989, a la caída del muro, en su plan de diez puntos, en el que el número 7 dice:

«La fuerza de atracción y expansión de la CE es y sigue siendo una constante del desarrollo de Europa. Queremos seguir reforzándola.»

De la misma manera se expresó, el día 19 de diciembre del año 1988, destacando que:

«La casa alemana —nuestra casa común— sólo puede concluirse bajo techo europeo. Este ha de ser el objetivo de nuestra política.»

Por lo visto, estas manifestaciones no bastaban para disipar las sospechas sobre el comportamiento alemán, respecto de lo cual tanto Francia como el Reino Unido, Dinamarca y Holanda, se han venido sintiendo insatisfechas por el ritmo de la unificación, considerando que el calendario comunitario debe tener prioridad sobre el proceso interalemán, con el fin de que Alemania unida pueda insertarse en una Comunidad previamente reforzada.

Finalmente, parece que han desaparecido buena parte de las dudas. Se ha ido esclareciendo el horizonte y, a lo largo del año 1990 y el año 1991, Kohl ha tenido informados a sus colegas europeos de los progresos de la unificación, dando éstos formalmente su apoyo al canciller alemán el día 20 de febrero del año 1990, con motivo de la reunión de Dublín. Días después, el 26 de abril, en ocasión de la reunión extraordinaria del Consejo Europeo, en la misma ciudad, Kohl y Mitterrand presentaban su iniciativa común en materia de Unión Política.

Pero, prácticamente, Alemania sigue persiguiendo dos objetivos fundamentales, que entre sí están en contradicción:

- Terminar de materializar la unificación, lo que perturba sus relaciones con los otros miembros de la Comunidad, sospechosos del futuro comportamiento alemán una vez que adquiera la potencialidad que le conferirá la realizada unificación.
- Promocionar la integración europea, de la que Alemania unida tiene la misma necesidad que la RFA, aunque la visión alemana sobre el porvenir de Europa sea todavía confusa, principalmente en este punto: ¿cómo combinar la ampliación de la Comunidad con el desarrollo de su cohesión política?

Los alemanes son conscientes de que la Comunidad debe asumir la responsabilidad hacia el conjunto de Europa, incluidos el Norte, el Centro y el Sureste, abriéndose a todos los países situados en estas latitudes, pero también lo son de que esta incorporación no es ni para hoy ni para un mañana próximo, dadas las enormes diferencias entre los niveles económicos de los países afectados e inexistentes actualmente las estructuras e instituciones para realizarla.